

Juan Andrés: una visión ilustrada del teatro grecolatino

ANTONIO LÓPEZ FONSECA

Universidad Complutense de Madrid
alopezf@filol.ucm.es

Recibido: 30 de enero de 2009

Aceptado: 10 de marzo de 2009

RESUMEN

El presente artículo pretende un acercamiento a la reordenación de las prosas no artísticas con un planteamiento erudito-enciclopédico que singulariza al siglo de la Ilustración en España. En esa línea se sitúa la magna obra de Juan Andrés: *Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (1782-1799). Este estudio nos acerca a la presencia de las literaturas de Grecia y Roma en la obra y, más concretamente, a la visión que ofrece el jesuita del teatro grecolatino.

Palabras clave: Ilustración, Juan Andrés, teatro grecolatino.

Juan Andrés: an Enlightened View of Greco-Latin Theatre

ABSTRACT

This article aims to approach the re-classification of non-artistic prose from the erudite-encyclopaedic perspective which characterizes the Spanish Enlightenment. The outstanding work of Juan Andrés' *Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (1782-1799) can clearly be incorporated into this framework. This study explores the presence of Greek and Roman literatures in the text and, most specifically, the vision offered by the Jesuit of Greco-Latin theatre.

Palabras clave: Enlightenment, Juan Andrés, Greco-Latin Theatre.

Para Jaime, amigo, *ex imo corde*
Amicus magis necessarius quam ignis et aqua
 Cic. *Lael.* 6,22

1. De la luz de la Ilustración en España

Como la inquieta centuria del XVIII atenuó en lo posible las diferencias nacionales entre los pueblos, cabe señalar un paralelo general entre su proyecto civilizador y todo lo que logró la cultura grecolatina, tan cosmopolita, en sus fases más expansivas. “Cosmopolitismo” es palabra ilustrada de origen antiguo que se difunde ahora por doquier. Sin embargo, muchos territorios filosóficos y científicos de la temprana Ilustración quisieron definirse al margen de la Antigüedad; incluso se opondrían a ella por principio, si consideramos los signos de modernidad que en ese momento parecen ostentar, con sus apelaciones a un raro racionalismo sensualista y, sobre todo, a una ciencia de novísimo cuño. Pero sus hombres de cultura no se volcaron sin más en la novedad, sino que se situaron entre dos mundos, con una base antigua y unos conocimientos modernos. El siglo XVIII, especialmente en las décadas centrales y en su segunda mitad, sirvió en bandeja una ebullición ideológica, artística, científica y erudita de extraordinario atractivo, donde se colocó el broche a toda la tradición filosófica y artística precedente y también se sentaron las bases de la controvertida Modernidad. Con tintes de nostalgia, de desafío, con afán de soltar el lastre de lo antiguo y apostar por lo moderno, con el propósito de buscar amparo en un ideal que parecía único e irrepetible, la mirada hacia la Antigüedad fue constante. El racionalismo ilustrado apostó por el hombre autóctono, libre, que tiene muy presentes los referentes clásicos (el ciudadano libre de la polis griega)¹. Lo cierto es que el siglo XVIII es una época decisiva en la historia de la cultura en Occidente. Frente a un siglo XVII caracterizado como barroco y un siglo XIX como romántico, el XVIII ha recibido tradicionalmente la etiqueta de “racionalista” y “neoclásico”, entendidas como sinónimas y aplicadas a la descalificación de las letras dieciochescas. Pero hay que hacer notar que junto al entramado neoclásico de preceptos, racional y didácticamente justificados, el XVIII asumirá también la emoción y la sensibilidad como principios estéticos. Asociamos a la Ilustración el propósito de desterrar prejuicios y errores tradicionales, el de modificar las mentalidades arcaicas impermeables al progreso, el de fomentar el conocimiento de las ciencias aplicables a la mejora de la producción y del nivel de vida; en resumen, el de instaurar la “felicidad” por medio de la educación. Mientras Francia cubría con suma celeridad el proceso de Ilustración y Revolución, España sólo alcanzaba la primera etapa, esto es, la Ilustración, y muy moderadamente. Con todo, el papel que desempeñaron los hombres de letras españoles en el devenir político y social del país fue extraordinario².

¹ Cf. Antón Martínez, B., «La teoría política y la historiografía», en: Signes Codoñer, J. *et alii* (eds.), *ANTIQUAE LECTIONES. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*. Madrid: Cátedra 2005, 485-491.

² Cf. Catena, E., «Características generales del siglo XVIII», en: Díez Borque, J.M. (coord.), *Historia de la literatura española. Tomo III. Siglos XVIII y XIX*. Madrid: Taurus 1980, 13-87.

Tal vez no esté de más recordar, en este somero encuadre histórico, que el reinado de Carlos III (1759-1788) señala el punto más alto de la Ilustración. En él se encarnaron las características que definen el régimen político conocido con el desconcertante y paradójico nombre de “Despotismo Ilustrado”, o “gobierno para el pueblo pero sin el pueblo”. Un suceso político de su reinado tendría resultados contradictorios para la cultura: la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús en 1767. Con la expulsión sobrevino, en principio, una falta de escuelas de Enseñanza Media, que era la especialidad de los jesuitas. Pero esta situación, que con el tiempo fue remediada, tuvo una contrapartida muy beneficiosa, aunque fuera a costa del destierro de tantos españoles: los jesuitas expulsados, entre ellos Juan Andrés, afincados en diferentes territorios italianos, produjeron un movimiento cultural de alto interés y calidad. En Italia se pusieron en contacto con todo cuanto se producía en Europa en el campo del arte, la ciencia, la filosofía y la literatura, elaborando con ello obras que pronto cobraron fama, y que acabarían en muchos casos siendo publicadas en nuestro país traducidas del italiano. Miguel Batllori³ es quien ha contado de manera admirable esta aventura.

Contemplada en su totalidad, la producción literaria típicamente dieciochesca adolece de falta de imaginación y de ingenio en lo que respecta a los géneros específicamente literarios. No obstante, el conjunto de lo publicado es enormemente sugestivo y forzosamente debe impresionar al lector moderno, por cuanto en ello está el comienzo de la literatura contemporánea. La originalidad y modernidad literarias del siglo XVIII español reside no en los géneros tradicionalmente adscritos a la creación literaria (poesía, novela, teatro), sino en la introducción de otros hasta entonces apenas esbozados y en la forma de expresión adoptada. Así, se inauguran la expresión científica, el ensayo, el informe político y científico, el artículo periodístico, la reseña bibliográfica, etc.

2. Los hombres de letras y el mundo clásico

Tradicionalmente, se ha considerado la producción literaria del siglo XVIII como algo monolítico, presidido por el Neoclasicismo y el buen gusto, como si toda la literatura de esa centuria se hubiera construido con el armazón teórico de la *Poética* de Luzán y se pudiera reducir a los marchamos de Neoclasicismo e Ilustración. Nada más lejos de la realidad. El panorama literario del siglo XVIII es caleidoscópico, y en todas sus caras se refleja la tradición clásica⁴. Pese al conflicto que la época del siglo XVIII mantiene con la cultura clásica como consecuencia de la “querrela de los Antiguos y los Modernos”, y pese a la influencia de los nuevos hallazgos científicos y al racionalismo filosófico, el mundo antiguo siguió vivo en la Ilus-

³ Batllori, M., *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos: españoles, hispanoamericanos, filipinos. 1767-1814*. Madrid: Gredos 1966.

⁴ Cf. Izquierdo Izquierdo, J. A., «Los clásicos en España», en: Signes Codoñer, J. *et alii* (eds.), *op. cit.*, 541-547.

tración. Así puede verse en la referencia a los modelos e ideales de la ciudad antigua, a la que muchos intelectuales se asomaban en busca de concomitancias e inspiración: Rousseau se siente fascinado en el *Contrato Social* (1762) por la libertad y la pureza de costumbres de la Roma republicana, así como por los grandes personajes de ese período, Numa, Bruto y, especialmente, Catón, quien para el ilustrado ginebrino encarna la prístina *virtus* romana.

La preferencia por las composiciones didácticas es también un rasgo típico ilustrado. Pero los clásicos no sólo sirven como modelos formales, sino también como referentes de las ideas ilustradas. Así Lucrecio, que no es sólo modelo formal de la poesía didáctica, sino que su materialismo y su crítica a la religión tradicional encuentran eco en el ideario ilustrado, como puede verse en un poema de Meléndez Valdés, con un título tan significativo como *El fanatismo*, en el que se alude al sacrificio de Ifigenia como referente mítico de los límites a los que puede conducir el fanatismo religioso, en un pasaje que se retrotrae al *De rerum natura* lucreciano, donde también incluye a Ifigenia como víctima del oscurantismo religioso. Lo mismo cabe decir de Horacio y Virgilio, cuyos poemas de alabanza a la vida rural, con la consiguiente idealización del rústico, sirven de referente clásico de la doctrina económica de la fisiocracia, típicamente ilustrada⁵. Es muy importante no olvidar que en el XVIII se entendía por literatura un conjunto de saberes e intuiciones relativas a las ciencias, las artes, la política, la erudición, la filosofía, la música, etc. “Literatura” significa, pues, para ellos “cultura” o “sabiduría”. “Literato” era sinónimo de “culto”, “erudito”, conocedor o interesado en una o varias materias concernientes a las artes o las ciencias. En términos más amplios, “literato” designaba con frecuencia al individuo que hoy calificaríamos de “intelectual”.

Hay un afán por comprenderlo todo, por cuanto se refiera al hombre. Un buen número de obras ejemplifican el espíritu polifacético de la cultura del XVIII y su interés por transmitirlo: el Siglo de las Luces es famoso por sus enciclopedias y diccionarios, por las innumerables monografías entonces publicadas, en las que, tomando como base un tema, aglutinan en torno a él aspectos varios de la cultura. Ilustra muy bien esta tendencia la obra de Juan Andrés, *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, en la que diserta de materias propiamente literarias, pero también sobre matemáticas, física, química, historia natural, medicina, anatomía, filosofía, jurisprudencia, etc.

Además, será este siglo el momento en que surja un claro interés por la literatura como ciencia histórica y como disciplina académica. Y es que las letras se vieron claramente afectadas por un conocimiento progresivamente más sólido de las teorías y procedimientos aceptados en otros países europeos. Las obras de autores españoles que habían viajado por Europa contribuyeron a la difusión del interés por la literatura extranjera. No obstante, no hemos de pasar por alto la importancia fundamental de la teoría y procedimientos latinos, griegos y españoles, cuyo influjo, en efecto, superó, sin duda, al de los extranjeros⁶.

⁵ Cf. Izquierdo Izquierdo, J. A., *op. cit.*, 546.

⁶ Los principios de retórica que los colegios españoles proporcionaban eran, en lo sustancial, latinos. En sus clases de poesía y de retórica, los humildes discípulos de los padres escolapios aprendían de memoria el

3. Ensayo, erudición y crítica en el siglo XVIII

La erudición, la investigación y la crítica —la didáctica, en suma—, suponen la característica dominante de nuestras letras a lo largo de todo el siglo XVIII, por el carácter pragmático pedagógico de la época. En general, el siglo XVIII representa el paso a un segundo plano de los géneros “artísticos” de la poesía y la novela para, como contrapartida, instalar de forma muy relevante los diferentes discursos de prosa crítica y didáctica en el marco de la poderosa crisis que en todos los terrenos lo centraliza⁷. En esta época adquiere en nuestro país gran intensidad una de las corrientes más representativas del momento, a saber, la germinación de la mentalidad historicista. José Antonio Maravall ha estudiado este fenómeno y hace notar la considerable parte reservada entre nosotros a la Historia y la frecuencia altísima con que ese concepto es utilizado⁸. Es muy significativo que entre los cultivadores de la Historia se encuentre la mayor parte de los que fueron acusados entonces de *novatores*, de heterodoxos, de antipatriotas, de poco afectos a los poderes constituidos, y esto se debe a que entre nosotros la Historia se convierte en buena medida en un instrumento crítico, en una vía de reforma intelectual e incluso social; si los males del país proceden de errores pretéritos, sólo hay un medio de corregirlos: indagar en el proceso de nuestro pasado.

Lo cierto es que la nueva mentalidad burguesa del siglo XVIII dio lugar a una actitud determinada ante la literatura del pasado de distanciamiento intelectual con respecto al autor y la obra, lo que conllevaba un esfuerzo por situar las obras en su contexto histórico. Este desarrollo de una “lectura histórica” va a tener unas consecuencias fundamentales para el desarrollo del concepto de Historia Literaria⁹. En este sentido debemos adscribir a este fenómeno general la nueva consideración de las lenguas clásicas como lenguas sabias, esto es, como lenguas que, básicamente, son transmisoras de una cultura antigua, pues esto supone ya la antesala del moderno estudio filológico¹⁰. Esta lectura que intenta distanciarse de los autores y considerarlos en atención a las circunstancias en que escribieron conlleva un interés por

Ars poetica de Horacio. Los alumnos de las clases más elevadas se servían de idéntico texto en los seminarios de los jesuitas, y fueron importantes también las traducciones y teorías de los autores clásicos. Sirvan de ejemplo la publicación por parte de Estala del *Oedipus tyrannus* de Sófocles (1793), y el *Plutus* de Aristófanes (1794); la nueva versión de la *Poética* de Aristóteles de José Goya y Muniain (1798); las traducciones que hicieron Manuel Pérez Valderrábano y el P. Basilio de Santiago del *Tratado de lo sublime* (1770 y 1782) de Longino; la reimpresión por parte de Sancha de la *Poética de Aristóteles* de Alonso Ordóñez das Seixas, con notas de Heinsius y el P. Batteus; o la *Nueva idea de la tragedia antigua* de José Antonio González de Salas. Cf. Glendinning, N., «Literatura y sociedad en España durante el siglo XVIII», en: Jones, R. O. (ed.), *Historia de la literatura española. El siglo XVIII*. Barcelona: Ariel⁶ 1993, 17-71.

⁷ Cf. Aullón de Haro, P., *Los géneros didácticos y ensayísticos en el siglo XVIII*. Madrid: Taurus 1987, 12.

⁸ Maravall, J. A., «Mentalidad burguesa e idea de la historia en el siglo XVIII», *Revista de Occidente* (2ª época) 107 (1972), 250-286.

⁹ Cf. García Jurado, F., «La literatura como historia. Entre el pensamiento ilustrado y la reacción romántica», en: García Jurado, F. (comp.), *La historia de la Literatura Grecolatina en el siglo XIX español: espacio social y literario*. Málaga: Anejo LI de *Analecta Malacitana* 2005, 47-65.

¹⁰ Cf. Álvaro Sánchez, R. & García Jurado, F., «La enseñanza de las humanidades en la ilustración valenciana: el testimonio de Juan Sempere y Guarinos», *Revista de Abenzoares* 7 (2000-2001), 27-47.

la periodización de la literatura, por establecer los límites y los autores que componen un determinado “segmento”. Los historiadores o filólogos exigirán fidelidad a los documentos y al método al margen de ideas políticas o del criterio de autoridades eclesiásticas.

En este siglo se produce una primera e importante reordenación de las prosas no artísticas. Se advierte la progresiva disolución de la gran escolástica y exegética; también la formación de actitudes lingüísticas presididas más por la claridad y la precisión que por los culturalismos de diversa índole; la gran preeminencia didáctica, crítico-satírica y utilitarista; y la modernización historiográfica. La Ilustración altamente entendida, no debemos olvidarlo, será en todo caso cuestión, en lo esencial, de cultas minorías, como determina el Despotismo Ilustrado, mas también simplificación racionalista, además de fértil proceso de intercambio y mejora material y cultural del país que desembocará en los inicios del liberalismo burgués. Es obvia la feliz constatación de producciones cimera del pensamiento o la elaboración erudita en eminentísimos autores tales fueron Hervás, Sarmiento, Mayans, Luzán, Jovellanos, Palomino, Eximeno, o nuestro Juan Andrés. Todo ello convivió naturalmente junto a la más insidiosa y tradicional miseria destructora fruto de la impertérrita “esquizofrenia” sociocultural española¹¹.

Es fácil comprobar el extraordinario planteamiento erudito-enciclopédico que singulariza al siglo de la Ilustración. La generalidad de los estudios historiográficos e incluso meramente eruditos representa el dominio de producción española con toda probabilidad mejor establecido. Era indispensable que durante una época instigada por afanes de reforma y modernización, los estudios positivos y globalmente históricos adquiriesen preeminencia tanto en sentido puramente informativo, didáctico o de puesta al día disciplinaria como en sentido crítico, moral, religioso o político. Y, por supuesto, que ello se pusiera al servicio de los proyectos culturales de la ilustración española.

4. Juan Andrés y su magna obra

“Con profundo respeto pronunciamos el nombre de este varón egregio, gloria de nuestra literatura del siglo XVIII, crítico eminente, entre cuantos produjo aquella edad, hombre de vasto saber y de clarísimo entendimiento, escritor, en fin, cuyo mérito sólo puede compararse en lo grande con el olvido en que hoy le tienen sus compatriotas”. Así perfilaba Menéndez y Pelayo¹² la biografía intelectual del Abate Juan Andrés (Planes 1740-Roma 1817), uno de los hombres más grandes del siglo XVIII, el primero en Europa que acometió la gigantesca empresa de escribir una Historia universal de la literatura, plena de erudición, en la que se hallan “doctrinas críticas

¹¹ Cf. Aullón de Haro, P., *Los géneros didácticos...*, *op. cit.*, 13-15.

¹² Cf. Menéndez y Pelayo, M., «Noticias literarias de los españoles extrañados del Reino en tiempos de Carlos III», en: *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, edición preparada por E. Sánchez Reyes. Madrid: CSIC 1942, vol. 4, 25-92 («Juan Andrés», pp. 31-43).

muy superiores a su época; es grande la severidad y acierto de sus juicios, cuando no le encadenan las preocupaciones literarias en aquella centuria dominantes. Iguales méritos realzan sus cartas sobre asuntos de erudición y bellas artes, sus escritos en defensa del honor literario de su patria y cuantos opúsculos salieron de su pluma, siempre fácil, amena y erudita”. Como afirma el Prof. Aullón de Haro¹³, a Juan Andrés corresponde “la más relevante, influyente y mejor trabada de las grandes construcciones de totalización enciclopédica dieciochesca escritas por españoles”. Estos juicios dan ya idea de la magnitud e importancia de la obra del de Planes, que desborda obviamente el espacio del que disponemos y el objetivo de este trabajo¹⁴.

Juan Andrés¹⁵ se educó en Valencia, en el Seminario de Nobles de los jesuitas, ingresando el 24 de diciembre de 1754 en la Compañía de Jesús en Tarragona; siguió un curso de Humanidades en Manresa; después estudió Filosofía y Ciencias en el Colegio Universitario de Gerona, y Teología en el de San Pablo de Valencia, donde fue ordenado sacerdote en 1763. En su formación predominó también el estudio de las lenguas latina, griega y hebrea, así como la italiana y la francesa. En 1764 fue

¹³ Aullón de Haro, P., «La construcción del Pensamiento crítico-literario moderno», en: *Introducción a la Crítica literaria actual*. Madrid: Playor 1984, 19-82, p.47.

¹⁴ Contamos ya con una amplia bibliografía, ediciones de sus textos –quizá sea esta la parte en la que estamos más atrasados aunque, al menos, la edición de su magna obra es ya una realidad– y trabajos de todo tipo que dan cuenta de los distintos particulares, por lo que aquí no incidiremos más que en aquellos aspectos relacionados de algún modo con su formación clásica y el reflejo que tuvo en su producción. Para detalles concretos sobre el autor y su obra, pueden consultarse, entre otros, los siguientes títulos: Aullón de Haro, P. & Valcárcel Rivera, C., «Perfil intelectual de Juan Andrés», *Revista de Abenzoares* 3 (1996), 94-106; Batllori, M., *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos: españoles, hispanoamericanos, filipinos. 1767-1814*. Madrid: Gredos 1966 (esp. «Una memoria biográfica sobre Juan Andrés por Francisco Javier Borrull y Vilanova»; «Juan Andrés»; «Juan Andrés y el humanismo», 515-529, 531-535 y 537-545, respectivamente); Caerols, J. J., *Las literaturas clásicas en Juan Andrés*. Madrid: Asociación Española de Eslavistas 1996, y, del mismo autor, «Juan Andrés y las literaturas clásicas», en: Aullón de Haro, P., García Gabaldón, J. & Navarro Pastor, S. (eds.), *Juan Andrés y la teoría comparatista*. Valencia: Biblioteca Valenciana-Generalitat Valenciana 2002, 140-170; Domínguez Moltó, A., *El abate don Juan Andrés Morell (Un erudito del siglo XVIII)*. Alicante: Instituto de Estudios Alicantinos 1978; Garrido Palazón, M., *Historia literaria, Enciclopedia y Ciencia en el literato jesuita Juan Andrés*. Alicante: Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert» 1995; Giner de los Ríos, F., «El Abate Andrés y el siglo XVIII», *Cuadernos Americanos* L.2 marzo-abril (1950), 183-200; Mazzeo, G. E., *The Abate Juan Andrés, literary historian of the XVIII Century*. N. York: Hispanic Institute in the United States 1965; Mestre Sanchis, A., «Erudición y enciclopedismo en el P. Andrés», en: *Humanismo y crítica histórica en los ilustrados alicantinos*. Alicante: Universidad de Alicante 1980; Sempere y Guarinos, J., «ANDRES (el Abate Don Juan)», en: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* (edición facsímil, 6 tomos en 3 volúmenes, de la edición de Madrid, Imprenta Real, entre 1785-1789). Madrid: Gredos 1969, vol. I, tomo I, 100-112; Yela Utrilla, J. F., «Juan Andrés, culturalista español del siglo XVIII», *Revista de la Universidad de Oviedo* 1 (1940), 23-58.

¹⁵ Sin duda, una de las aproximaciones biográficas más interesante es la realizada por Angelo Antonio Scotti, fiel discípulo: *Elogio histórico del Padre Juan Andrés de la Compañía de Jesús, Secretario de la Academia de Antigüedades y Bellas Letras y Prefecto de la Real Biblioteca de Nápoles, leído en la Academia Herculaneense de Archeología por el socio ordinario Angelo Antonio Scotti y aprobado por la misma. Traducido del italiano*. Valencia: Imprenta de D. Benito Monfort 1818 (versión en español del original en italiano editado en 1817, Nápoles, Stamperia di Giovanni De Bonis), y editado ahora en la obra de Juan Andrés, *Orígenes, progresos y estado actual de toda la literatura*. Vol. 1. *Estudio preliminar [Historia de toda la literatura] Tomos I y II*, traducción de Carlos Andrés, edición de Jesús García Gabaldón, Santiago Navarro Pastor y Carmen Valcárcel Rivera, dirigida por Pedro Aullón de Haro. Madrid: Verbum 1997, CXC-CCXI. Cf. también Batllori, M., *La cultura hispano-italiana...*, *op.cit.*, 515-529.

nombrado catedrático de Retórica y Poesía en la Universidad de Gandía. Allí, la proximidad de Mayans hizo posible la amistad del erudito con el Abate. Cuando el 2 de abril de 1767 Carlos III decreta la orden de expulsión de los jesuitas de España, Juan Andrés marcha a Italia, al igual que la mayoría de sus compañeros de Orden. Tras algo más de un año en Córcega, se establece en Ferrara, donde enseña Filosofía y publica en 1773 un opúsculo titulado *Prospectus philosophiae universae publicae disputatione propositae in Templo Ferraiensi* (visión panorámica e introductoria de la filosofía universal), obra en la que anticipa su firme decisión de escribir una histórica filosófica universal, esto es, de “toda la literatura”; colosal proyecto al que se consagrará durante más de veinte años y que conseguirá llevar a feliz término en 1799, al terminar la publicación en 7 volúmenes de su magna obra *Dell'origine, progressi e stato attuali d'ogni letteratura (Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura)* (1782-1799), impresa en Parma por Bodoni (Stamperia Reale). La traducción española (Madrid, Sancha, 1784-1806) ocupó diez volúmenes y fue realizada por su hermano Carlos (pronto se traduciría también al francés y al alemán).

Podrían resumirse en cuatro las principales características de esta obra¹⁶:

1. La literatura se concibe en el sentido amplio del conjunto de obras escritas tanto en el ámbito artístico como científico, frente al concepto restrictivo que terminará siendo dominante. Menéndez y Pelayo¹⁷ se refiere a esta circunstancia:

Doliase Andrés de que, habiéndose publicado tantas historias particulares de cada uno de los ramos de la literatura, faltase todavía una completa y metódica de su origen y de sus progresos. Pero es forzoso recordar el sentido que a la palabra *literatura* daba el abate Andrés y sus contemporáneos. Descaminados por el valor etimológico, y pagando tributo al espíritu enciclopédico de la época, no acertaban a determinar la profunda diferencia que media entre las obras científicas y las puramente literarias. Estando en mantillas la ciencia estética, no concebían clara y distintamente la idea del arte como expresión de la belleza, y la confundían con la idea de la ciencia, cuyo objeto es la investigación de la verdad.

2. En lo que respecta al aspecto dinámico de la idea de historia literaria, Andrés superpone a la división tripartita de Bellas Letras, Ciencias Naturales y Ciencias Eclesiásticas el plano histórico-evolutivo. Su idea de la historia participa de las ideas del siglo XVIII presentes ya en las historias literarias de carácter particular, donde se juega con los conceptos de Siglo de Oro y Decadencia.

3. Es notable su vocación universal frente a la consideración de las diferentes literaturas nacionales. El determinismo geográfico, una de las ideas fundamentales para defender el carácter de los pueblos que configura cada literatura nacional, es objeto de crítica por parte del jesuita.

4. Característico es su énfasis en la influencia árabe sobre la cultura europea. Esta postura perdió importancia frente a la dominante tesis de los orígenes latinos

¹⁶ Cf. García Jurado, F., «La literatura como historia...», *art. cit.*

¹⁷ Menéndez y Pelayo, M., *Historia de las ideas estéticas en España*, 3 vols., edición preparada por E. Sánchez Reyes. Madrid: CSIC 1962, vol. III, 341.

de la literatura española, que convierten la literatura hispanolatina en parte integrante de la española.

Para Andrés, la literatura abarca cuatro culturas –oriental, griega, romana y eclesiástica– y dos renacimientos: uno en la baja edad media, por influencia de los árabes; y otro en el siglo XV promovido por la llegada de los griegos a Occidente tras la toma de Constantinopla por los turcos. Creía el padre Andrés que era tan necesario destacar la gloria de las culturas clásicas como reivindicar la importancia de la literatura eclesiástica o el papel de los árabes en la Europa medieval o la trascendencia de la ciencia moderna. La vastedad de la empresa explica sus muchos e inevitables fallos. Numerosos aspectos están tratados con innegable superficialidad; tenía que servirse frecuentemente de historias ya escritas y de datos de segunda mano; son frecuentes las vagas generalizaciones, las digresiones innecesarias, las omisiones; las notas son muy desiguales y escasa a veces la información bibliográfica, de todo lo cual tiene plena conciencia el autor, por lo que se excusa. Se caracteriza, en su marcado antiescolasticismo, por una libertad de criterio de que adolecen casi todos los que escribieron Historia literaria. En términos generales, en Juan Andrés hay un apego al Mundo Clásico que se manifiesta con claridad tanto en el orden de las ideas como en el de sus trabajos y que adquieren un tinte especial en su visión de esta historia cultural de Europa, en la que lo clásico ocupa lugar preferente. Grecia y Roma son para él la base de la cultura europea. Se muestra cual neoclásico convencido, siempre beligerante en defensa del buen gusto clasicista, despreciando cuanto movimiento cultural o artístico se aparta de esta norma. Prácticamente en cada uno de los capítulos de la obra de Andrés hay una parte dedicada a las literaturas clásicas¹⁸.

5. El teatro grecolatino

En el tomo I es en el que el autor da cumplida cuenta del valor e importancia de la literatura griega, de las razones que explican su increíble desarrollo, de la literatura romana y su relación con la griega, de la eclesiástica y, finalmente, de la literatura de los árabes y de su influencia en la restauración europea, así como de las invenciones que nos han transmitido. A primera vista, la sensación que nos transmite es que ha asumido una imagen modélica y ejemplar de la Antigüedad, pletórica de vitalidad y de enseñanzas para los modernos.

Su tesis central para el nacimiento de la poesía griega es fundamentalmente un acontecimiento único: la Guerra de Troya (tomo I, cap. II, 33)¹⁹:

¹⁸ Puede hacerse un rápido acercamiento a las literaturas griega y latina en su obra siguiendo las líneas marcadas por los trabajos ya citados del prof. J. J. Caerols (*Las literaturas clásicas en Juan Andrés*, y «Juan Andrés y las literaturas clásicas»).

¹⁹ Citamos siempre por la edición de Juan Andrés, *Orígenes, progresos y estado actual de toda la literatura*. Vol. 1. *Estudio preliminar [Historia de toda la literatura]* Tomos I y II, traducción de Carlos Andrés, edición de Jesús García Gabaldón, Santiago Navarro Pastor y Carmen Valcárcel Rivera, dirigida por Pedro Aullón de Haro. Madrid: Verbum 1997. La referencia de los demás volúmenes, con la participación y dirección de los mismos autores ya citados en el primero, y en la misma editorial, es la siguiente: Vol. 2. [*Poesía*]

Habían precedido dos empresas famosas y muy celebradas de los poetas, el viaje de los Argonautas y la guerra de Tebas, en las cuales ocurrieron tan extraños acontecimientos que sirvieron no poco para sacar la adormecida imaginación de los griegos del profundo sueño en que hasta entonces había estado sumergida. Pero la guerra de Troya la despertó mucho más y la inspiró un ardor que aún no se había conocido en el mundo. Entonces, casi de golpe, se excitó el fuego de la Poesía, e inflamando desde luego el alma de los griegos, la hizo resplandecer de tal modo que ha servido para ilustrar todas las edades y todas las naciones.

Tras este elemento detonante hay razones que explican el desarrollo y que nada tienen que ver con las teorías del determinismo geográfico, las cuales refuta, y frente a las que propone una conjunción de diversos factores, extrínsecos unos (clima, situación geográfica, asambleas públicas de carácter político, festividades y juegos públicos,...) y otros tomados de la misma naturaleza de los estudios de los griegos (el carácter público de su cultura, la conjunción de ciencia y literatura, el carácter primigenio y no imitativo de esa cultura,...). Para Andrés, el desarrollo de la literatura precisa de un ambiente propicio, lo que implica que la sociedad valore y estime la cultura, que honre a quienes se dedican a ella, clima favorable que sólo se logra tras un proceso de educación que en Grecia se consiguió, precisamente, a través del teatro (tomo I, cap. III, 44-45):

El uso del teatro, que empezó a introducirse entre los griegos, debió igualmente tener mucha parte en el adelantamiento de las letras, porque un teatro bien arreglado puede contribuir a la cultura de una nación no menos que las escuelas más florecientes [...] Los doctos y el vulgo encuentran paso para su entendimiento en un drama bien hecho, y la finura de los conceptos, la delicadez de las expresiones, la propiedad de las palabras y el buen modo de pensar se van extendiendo y llega por fin a penetrar hasta el ínfimo vulgo. Y cuando se comunica universalmente el buen gusto a toda la nación, es muy fácil que los ingenios sublimes hagan maravillosos progresos; un paso sobre sus compatriotas los eleva muchos grados sobre el resto de los hombres [...] también es cierto que acarreo grandes ventajas a su literatura, puesto que, habiendo sido los atenienses de los últimos pueblos de Grecia que abrazaron las letras, se hicieron en poco tiempo tan superiores a los demás griegos cuanto se distinguían estos de las otras naciones.

El capítulo III está dedicado, pues, a las causas de los progresos de los griegos en la literatura y resulta ser que el teatro se considera pieza fundamental como vehículo, digamos, de expansión cultural. Y es curioso ver cómo Andrés resaltarán las dos vertientes del teatro: el teatro como espectáculo, que llega a todos, y el teatro como literatura, que ennoblece la cultura. Además, la excelencia de esa cultura griega se debería a su carácter original no imitativo, por lo cual, su decadencia se produjo cuando se dio a la imitación y la erudición.

Tomos III y IV (2000); Vol. 3. [*Elocuencia, Historia, Gramática*] Tomos V y VI (2000); Vol. 4. [*Ciencias Naturales*] Tomos VII y VIII (2000); Vol. 5. [*Ciencias Naturales. Filosofía. Jurisprudencia*] Tomos IX y X (2000); y Vol. 6. [*Ciencias Eclesiásticas. Addenda. Onomástica*] Tomos XI, XII y XIII (2002).

En el capítulo IV realizará una breve exposición histórica, organizada por géneros, de la literatura griega, comenzando por lo que él llama “universalidad de la cultura de los griegos”. Y así, en las páginas dedicadas a la Poesía, “la primera que honraron los griegos” (51), se incluyen los autores dramáticos (tomo I, cap. IV p. 52):

La tragedia, la amable tirana de los corazones, dulce encanto de las almas sensibles y la más noble parte de la Poesía, nació y creció en el seno de la Grecia, y debe su honor y nobleza a Esquilo, Sófocles y Eurípides. La graciosa y festiva comedia, pero no menos respetable que la grave tragedia, es también parto de los griegos. Éupolis, Cratino, Epicarmo y otros muchos la cultivaron, pero Aristófanes la mejoró mucho, y Menandro la adornó con todas las gracias que le son propias y la hizo comparecer con todas sus sales y con todo su decoro.

Hay que destacar cómo la visión que tiene de la comedia es coincidente con la que tenían los propios griegos: se trata de un género “serio” que pone ante los ojos los defectos e imperfecciones del hombre pero también la manera de superarlos, presentándose en Grecia, incluso, como una suerte de escuela de democracia.

El capítulo V se dedica a la literatura romana, que se plantea en términos similares a los de la griega, atendiendo primero al origen y, luego, a los géneros. La literatura latina surgiría tras el contacto con los griegos en la Magna Grecia y Sicilia (tomo I, cap. V, 61):

Finalmente, al concluirse el siglo V, entrando las victoriosas armas de Roma en la Grecia Magna y en la Sicilia, comenzaron los romanos a abrir los ojos y a volver en sí del vergonzoso sueño que les había oprimido por tanto tiempo. El trato que empezaron a tener con los griegos, el placer que recibían de su Poesía, el gusto que sentían en sus teatros y la admiración que les causaba su universal sabiduría despertó en los romanos el gusto de la literatura, que hasta entonces no habían conocido.

Se pone en primer plano que el teatro también aquí estuvo en los mismos orígenes, aunque no con la misma finura y elegancia que en Grecia, y, además, se centraron en la comedia, a pesar de que el pueblo romano siempre se mostró proclive a los espectáculos (tomo I, cap. V, 61-62):

Livio Andrónico, Nevio, Ennio y otros griegos transferidos a Roma fueron los primeros que encendieron en el corazón de los romanos el amor a las Letras. Los mismos dieron al Teatro algunas piezas dramáticas rústicas y desaliñadas [...] Plauto y Terencio fueron los primeros que merecieron el aprecio de los romanos cultos y los únicos cómicos que en tiempos posteriores se oyeron en el teatro. Desde éstos puede decirse que empieza para nosotros la literatura romana, puesto que sus obras son las primeras que se han conservado hasta nuestros tiempos y que han contribuido al estado actual de las letras [...] y aunque los romanos gustaban excesivamente de los divertimentos teatrales, nunca tuvieron tragedias que mereciesen los inmensos gastos que costaban las decoraciones. El único monumento del Teatro trágico de Roma son las diez tragedias que nos han quedado bajo el nombre de Séneca, ¡pero cuán inferiores son éstas a tantos modelos que en otros géneros de Poesía nos han dejado los romanos!

En el siguiente capítulo, dedicado al “Paralelo de la literatura Griega con la Romana”, afirma Juan Andrés que la literatura latina no es sino un capítulo más de la griega; émulos, sí, pero francamente aventajados (tomo I, cap. VI, 69-70):

Siempre que se examine con cuidado la romana, fácilmente se verá que no se distingue de la griega más que en el lenguaje [...] en suma, griega era toda la literatura romana y no podía formar por sí una familia que debiese tomar nombre distinto del de su madre la griega [...] La Grecia vencida con las armas romanas tenía con las letras sujeto y cautivo a su fiero vencedor²⁰; y mientras la Política romana numeraba a la Grecia entre sus dominios, contaba la literatura griega el Imperio Romano por una provincia suya [...] Pero, sin embargo, los romanos supieron aprovecharse tanto de la instrucción griega que no siempre siguieron escrupulosamente las pisadas de los escritores de aquella nación ni siempre les quedaron inferiores.

Por lo que respecta al teatro, parece que Juan Andrés tiene muy claro que, dejando al margen la vertiente literaria, el pueblo romano tenía una naturaleza, digamos, diferente al griego y por ello los espectáculos teatrales, que no eran los preferidos del romano, más inclinado a los espectáculos del anfiteatro, como las luchas de gladiadores, corrieron dispar suerte²¹ (tomo I, cap. VI, 76-77):

Siendo, pues, estos juegos un poderoso estímulo para fomentar los estudios que podían conducir a tanto honor, se conoce fácilmente cuánto habrán contribuido en Grecia a los progresos de la literatura. Pero en Roma, ¿cómo podían tomarse con calor aquellas fatigas que se veían despreciadas? Horacio se lamenta de que el pueblo abandonaba frecuentemente las acciones dramáticas para ir en busca de los atletas, de los gladiadores y de otras diversiones feroces y bárbaras [...] Los felices tiempos de la República y del Imperio de Augusto no conocieron aquellos estímulos públicos que tanto sirvieron para perfeccionar los escritos de los griegos [...] En la misma decadencia del buen gusto puede también observarse la notable diferencia entre aquellas dos naciones.

Dedica el final de este capítulo a la decadencia de la literatura griega y la romana, concluyendo que (tomo I, cap. VI, 79):

La romana sólo puede considerarse como un arroyuelo dimanado de la griega, que corrió poco tiempo y después volvió a dejar libre todo el campo a su madre la griega.

²⁰ En algunos casos, a lo largo de su obra, da la sensación de que, al modo de los antiguos, quisiera Andrés invitar al lector a una suerte de juego de adivinanzas de alusiones literarias, en algunos casos evidentes, como aquí, donde se manifiesta con claridad, eso sí sin citarlo, el horaciano *Graecia capta ferum victorem cepit et artes / intulit agresti Latino*, «La Grecia conquistada conquistó a su fiero vencedor e introdujo las artes en el agreste Lacio» (*Epistulae* 2,1,156-157).

²¹ Para esta cuestión, cf. López Fonseca, A., «La comedia latina: una aproximación a la literatura dramática desde la perspectiva del género y la recepción», en: Hernández, M., Barbolani, C. & Guil, P. (coords.), *Homenaje a Ángel Chiclana Cardona. Cuadernos de Filología Italiana*, nº extraordinario (2000), 21-43.

6. Para concluir

Esta obra anticipó un tipo de historia literaria, lleno de posibilidades, que no había de desarrollarse por entero sino a lo largo de los siglos XIX y XX; de hecho representa un decisivo avance hacia el dominio de los comparatistas de las últimas décadas, y desde muy pronto se tuvo conciencia de su valor. Así, en el curso de 1789, muerto ya Carlos III, rey protector del los Reales Estudios de San Isidro, fue inaugurada la cátedra de Historia literaria, cuyo libro de texto fue la obra *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*. Los Reales Estudios de San Isidro eran un centro docente de concepción mucho más moderna que la de cuantas Universidades había en el país, no destinado a la aristocracia ni dependiente de las necesidades del ejército o del clero, situado en Madrid durante todo el período de la Ilustración, que desempeñó un papel importante (mucho más que el Seminario de Nobles, por supuesto) en la vida cultural de la Corte. Ya famoso en el siglo anterior bajo el nombre de Colegio Imperial de Madrid (en él se formó, entre otros, Calderón de la Barca) y confiado a los jesuitas hasta su expulsión, consiguió mantener su función docente cuando tantos edificios de la Compañía eran convertidos en hospitales, cuarteles o simplemente abandonados. Fue inaugurado en 1770, y se convocaron inmediatamente unas primeras oposiciones a las cátedras vacantes. Las Humanidades (incluyendo los idiomas que se necesitan para los estudios bíblicos), las ciencias, y una nueva asignatura, la Historia Literaria, responden a esa afición por la historia que marcó profundamente la Ilustración. Una vez admitida de nuevo la Compañía de Jesús por Fernando VII de España, después de la restauración de la orden llevada a cabo por el Papa Pío VII el 30 de julio de 1804, Juan Andrés declinó la oferta de volver a España, quedándose en Roma, donde morirá el 12 de enero de 1817.

Para terminar, dejemos hablar a Menéndez y Pelayo²²:

Era un espíritu generalizador, de los que de vez en cuando produce la erudición literaria para hacer el inventario de sus riquezas, de una manera atractiva, popular, agradable y al mismo tiempo científica: un *vulgarizador* en la más noble acepción de la palabra. Sabía algo, y aun mucho, de todas las cosas, aunque él no hubiera inventado ninguna: comprendía los descubrimientos sin haberlos hecho; exponía con lucidez, con buena fe, con halago; manejaba con desembarazo el tecnicismo de todas las ciencias, sin ahondar propiamente en ninguna; mariposeaba por todos los campos con algo de *dilettantismo*; lo mismo se complacía en la cita de una novela o de una tragedia que en la de un tratado de Hidrostática o de Astronomía; pero todo esto con espíritu genuinamente filosófico, puesta la mira en la unidad superior del entendimiento humano. Era todo lo contrario a un *especialista*; pero era precisamente lo que debía ser para llevar a razonable término su empresa temeraria, que un erudito de profesión no hubiera intentado nunca.

²² Citado en la edición de Juan Andrés, tomo I, LVI.